

En la ciudad existen diversas formas de habitar e interactuar que responden a las culturas urbanas que la conforman.<sup>1</sup> En este sentido no es homogénea, sino fragmentaria y polivalente; dentro de esta diversidad se evidencian límites entre grupos distintos.

Para algunos antropólogos, dichos límites comienzan con nosotros mismos, con aquello que nos representa y aquello que nos representó, y es mediante tales elementos que construimos nuestra identidad.<sup>2</sup> Esta separación entre lo que nos resulta y lo que nos resultaba familiar permite identificar lo que sentimos como nuestro espacio. Los límites en cuestión también responden a lo que somos y a lo que dejamos de ser, por lo cual nuestras fronteras nos permiten conocernos y dar a conocer lo que somos por medio de diferencias y similitudes con otros individuos. Esta forma de entender los límites les brinda una condición flexible y dinámica, pues a través de ellos nos reconocemos y nos diferenciamos en un acto continuo; así como nosotros cambiamos, éstos pueden transformarse. Sin embargo, no todos los límites que generamos mantienen estas condiciones. En el entorno nos encontramos a menudo con fronteras que condicionan nuestros modos de vida de manera diferente a lo esperado.

Las condiciones actuales del territorio urbano han promovido un incremento considerable de divisiones y límites, quizá como en ninguna otra época. La diversidad de sus expresiones —tanto físicas como inmateriales— atenúa su presencia predominante en muchos de los espacios que conforman la ciudad; no obstante, la mayoría cumple con características que buscan mitigar la necesidad de interactuar con lo que asumimos como extraño y que relacionamos con un peligro latente. En este sentido, el sociólogo y filósofo Zygmunt Bauman afirma que “nuestra frenética actividad en el trazado de fronteras pretende combatir el miedo a los riesgos y peligros contemporáneos. Y cuanto más fracasan, más nos obsesiona la seguridad.”<sup>3</sup> Esta tendencia por volver más seguros los lugares que habitamos ha transformado en gran medida las formas de interacción en el territorio urbano y promovido que las fronteras se construyan a partir de la intolerancia, es decir de una manera agresiva y peligrosa. El arquitecto argentino Claudio Caveri hace referencia a este modo de dividir la ciudad: “De un lado, el mundo feliz, el mundo del simulacro, de la suntuosidad vacua de las apariencias. Por el otro, el mundo de la más dura realidad y su biológica lucha por sobrevivir [...]”<sup>4</sup>

# **FRONTERAS, BORDES Y ESPACIOS DE ENCUENTRO**

**Un análisis sobre la fragmentación urbana**

Diego Hernández Dorantes

Las fronteras que forman parte de un sistema violento de segregación en el espacio urbano han ido desplazando a aquellas que implican un continuo intercambio entre grupos diversos que se identifican y se reconocen en sus diferencias. Esto se refleja en el comportamiento dentro de las ciudades y posiblemente se vincula con las condiciones de las sociedades contemporáneas. Aunque el pensamiento moderno suponía diluir los temores y las incertidumbres mediante la visibilidad que implicaban el progreso y la ciencia, más bien parece que hemos regresado a una época llena de penumbras y temores. El futuro se revela incierto, y los sistemas económicos y políticos conllevan una sensación de vulnerabilidad latente. Lo anterior genera una atmósfera de miedo constante, del cual se desconoce su fuente. Bauman se refiere a ello de la siguiente manera:

El miedo es más temible cuando es difuso, disperso, poco claro; cuando flota libre sin vínculos, sin anclas, sin hogar ni causa nítidos; cuando nos rodea sin ton ni son; cuando la amenaza que deberíamos temer puede ser entrevista en todas partes, pero resulta imposible de ver en ningún lugar concreto. “Miedo” es el nombre que damos a nuestra incertidumbre: a nuestra ignorancia con respecto a la amenaza y a lo que hay que hacer —a lo que puede y no hacerse— para detenerla en seco, o para combatirla, si pararla es algo que está ya más allá de nuestro alcance.<sup>5</sup>

Este miedo difuso se refleja en el aumento de muros y controles de seguridad dentro del medio urbano. Gran parte de la práctica arquitectónica ha sido cómplice de dicha conducta por vender y promover espacios que ofrecen una imagen de seguridad, lo cual se traduce en numerosas implicaciones que deben ser cumplidas para satisfacer ciertos criterios. Por un lado, estas prácticas suponen la utilización de divisiones físicas, aun cuando las intenten hacer pasar por cuestiones estéticas; por otro, fomentan la construcción de espacios que vuelven poco visible o incluso invisible un contexto estrechamente relacionado con un modo de vida distinto y, por tanto, desconocido, lo que se asocia con un posible peligro.

Así pues, el cambio de estado entre el interior familiar y el territorio desconocido se vuelve un elemento de gran importancia en la estrategia que la arquitectura debe seguir para generar un espacio que transmita, dentro del imaginario imperante, la sensación propia de un lugar seguro y resguardado. Dentro de la práctica general, esta franja que divide un medio de otro exige la construcción de una barrera, cuya función no es sólo impedir el paso de grupos extraños o ajenos a la colectividad interna, sino cubrir y desvanecer los peligros de lo desconocido.

Por otra parte, la comercialización de la seguridad también ha sido un factor importante en los modelos urbanos. Esta clase de consumo se aprecia a partir de la elitización y la estetización de espacios que ofrecen protección como reflejo de un estatus alto o de plusvalía sobre determinados espacios. Francesc Muñoz, geógrafo especializado en urbanismo, señala que “quizás estos procesos no tengan tanto que ver con una necesidad de protección como con una necesidad de consumo.”<sup>6</sup> Esta cuestión se evidencia en espacios que sólo ofrecen ingreso a un grupo selecto con base en una serie de criterios y normas. Estos últimos se relacionan con cuestiones como la pertenencia a determinadas cúpulas sociales o a cierto estatus económico, así como a creencias e ideologías específicas. Al respecto, Andrew Kirby comenta lo siguiente al referirse a algunos conjuntos residenciales en Arizona:

“al muro que separa la urbanización del exterior —y que puede explicarse perfectamente en términos de protección— siguen otros muros interiores que separan barrios e incluso unas casas de otras, [que] más que proteger [...] tienen una función diferente: limitan y distinguen el valor económico que tiene la propiedad.”<sup>7</sup> Bajo esta óptica, y remitiéndonos a Baudrillard, puede afirmarse que estas fronteras tienen más sentido de signo que de uso.<sup>8</sup>

Ejemplos como el anterior también pueden hallarse en otros contextos. Desde luego, en territorios caracterizados por una mayor inseguridad, semejantes controles internos dentro de conjuntos residenciales protegidos no detienen los asaltos ni los robos a las casas que se encuentran dentro de sus demarcaciones; sin embargo, es más notoria su eficiencia en cuanto a la plusvalía brindada a las residencias. Tal como señala Muñoz, estos mecanismos de seguridad jerarquizan determinadas áreas de la ciudad. La noción de seguridad se convierte, entonces, en un objeto de consumo que brinda mayor valor a unos espacios sobre otros y que puede ser visto como un lujo en el sentido expuesto por Juan Soto Ramírez: “Es un lujo afectivo porque el indiferente no sufre con el sufrimiento de los demás.”<sup>9</sup>

El continuo crecimiento de fronteras que segregan y aíslan ha sido menos evidente debido a que muchas de éstas se han mimetizado y aparentan ser menos agresivas e impositivas de lo que son en realidad. Las avenidas para automóviles conectan determinados sectores, pero esto, a su vez, propicia la fractura de relaciones en la escala peatonal. Carlos García Vázquez lo expone de la siguiente manera: “La superposición de una autopista sobre el tejido urbano ofreció la posibilidad de ir de un enclave a otro haciendo *bypasses* que saltaban sobre los espacios intermedios, zonas conflictivas [...] [que] fueron privadas de un acceso a la autopista.”<sup>10</sup>

Así pues, las fronteras se diluyen en un paisaje que aparenta no estar sumamente fracturado y delimitado. La figura del arquitecto en este encubrimiento cumple con un papel importante al momento de disimular dichas fronteras con eufemismos que minimizan su carácter hostil y embellecen su apariencia mediante varios recursos y mecanismos. Esta labor ha estilizado formas que antes resultaban mucho más notorias. Los muros verdes, los escaparates de vidrio y los grandes accesos con sistemas de control, por ejemplo, aparentan una apertura y un intercambio mayores de los que en realidad permiten. Edificios enormes y vistosos o proyectos monumentales de firmas reconocidas se han convertido en el ideal a seguir para el crecimiento urbano, pese a que implican un modelo específico de intercambio que interviene en la ciudad y que, en la mayoría de los casos subordinado al interés del mercado, supone la generación de profundas divisiones en el territorio urbano.

De ahí que también existan políticas urbanas que vuelven invisibles los límites de las ciudades. Éstas se encuentran regidas por leyes y determinaciones encaminadas a definir qué grupos pueden ocupar ciertas zonas y qué acciones pueden ser llevadas a cabo en determinadas áreas. Tales estatutos suelen responder a la búsqueda de un ordenamiento territorial destinado a una mejora social; sin embargo, también conllevan la exclusión de no pocos grupos vulnerables. Esto se traduce en mecanismos que restringen el uso y la ocupación de espacios urbanos, a saber: jardineras que evitan el comercio informal, rejas que permiten el uso de parques y plazas sólo a determinadas horas, vigilantes privados que restringen las actividades realizadas en los alrededores de los centros comerciales, edificios que privilegian las entradas vehiculares sobre las peatonales y un largo etcétera.



Fotografía: Diego Hernández Dorantes



Fotografía: Jorge Sánchez



Fotografías: Diego Hernández Dorantes

El panorama actual revela la tendencia de numerosas ciudades que se han inclinado por dividirse de manera hermética y violenta, lo que repercute en el modo de vivir el territorio urbano. Las fronteras que permiten intercambios son una parte fundamental de las urbes en el sentido de que éstas construyen identidades y promueven la generación de ideas. De tal suerte, una ciudad con fronteras hermetizadas está encaminada a perder tales virtudes y a que dentro de sus límites prevalezcan la segregación, la intolerancia, la indiferencia y la violencia. Es por esto que la permeabilidad de las fronteras resulta determinante en la calidad de los espacios en que hoy vivimos. Una forma de volver más porosos dichos límites es a través de la promoción de puentes y espacios de encuentro entre diferentes grupos culturales y sociales.

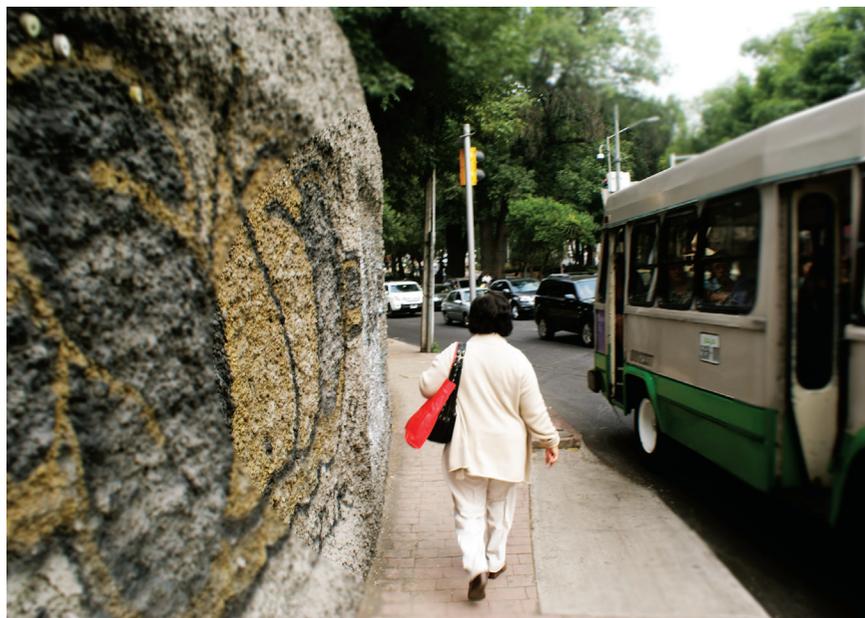
Los lugares de encuentro son un aspecto fundamental de las ciudades; en la medida que escasean, existe un detrimento en la vida urbana. Para Jan Gehl,<sup>11</sup> estos lugares formados entre los “huecos” de la ciudad ocupan un plano de gran relevancia dentro de sus funciones sociales. Por eso afirma que nos sitúan como actores y no simplemente como espectadores, y en la medida que tengan mayor calidad en cuanto a su experiencia y vi-



Fotografía: Jorge Sánchez

vencia, mayor será su fuerza para incentivar la interacción entre diferentes personas, lo cual creará encuentros casuales y vínculos sutiles que pueden llegar a transformarse en relaciones más estrechas y lazos más profundos. La arquitectura, en este sentido, puede jugar un papel de gran relevancia si propicia, mejora, promueve y diseña esta clase de entornos dentro de la ciudad. Proyectarlos abre un diálogo permanente que se construye, se adapta y se cuestiona a partir de la expresión especial fomentada por el encuentro; es decir que estos espacios fomentan la experimentación continua y la reconstrucción de la práctica arquitectónica. Son infinitas las aproximaciones hacia este campo, pues involucra visiones, anhelos, experiencias e imaginarios de diferentes grupos que interactúan en la ciudad, cada cual desde una cultura y una cosmogonía distintas, y siempre en un dinamismo continuo. Es obvio que en este proceso la arquitectura no debe jugar un papel impositivo, sino más bien interpretar los discursos en cuestión y actuar como una vía de conocimiento en el afán de construir los espacios de encuentro con calidad y dignidad.

La arquitectura también puede involucrarse con la creación de puentes entre entornos diferentes, habitados por culturas distintas que viven y se



Fotografías: Jorge Sánchez

relacionan con la ciudad de forma singular. Las sociedades contemporáneas han mostrado como recurso común la separación de estos mundos por medio de límites físicos e infranqueables; sin embargo, el perímetro que de forma natural impone un territorio habitado por una cultura específica, no necesariamente se involucra de lleno con el trazado de separaciones físicas impermeables. En este sentido, Richard Sennett aventura una interesante comparación.<sup>12</sup> El sociólogo menciona que dentro de los ecosistemas naturales se observa un hecho que llama la atención: entre los bordes de diferentes medios existe una gran interacción de especies. Por ejemplo, en la variación de zonas del mar, marcadas por diversas profundidades y temperaturas. Y es en esta separación donde existe una gran actividad de especies, es decir que el borde se convierte en un punto altamente vivo. Sennett traslada esta idea al espacio urbano y encuentra que en estos bordes hay un alto potencial para la sociabilidad y la interacción entre grupos diversos, hecho que refuerza la construcción de identidades dentro de la ciudad entendida como una gran identidad múltiple.

Tomando en cuenta lo anterior, cabe afirmar que esta clase de bordes ofrece un enorme potencial para los discursos arquitectónicos y sus respectivas propuestas. Esto abre posibilidades y caminos alternos ante los muros ciegos y las vallas infranqueables que, además de no ofrecer un medio de interacción, desestiman el gran potencial que ofrece vivir el borde a través de medios porosos de interacción e intercambio.

Fomentar lugares de encuentro y puentes en los bordes busca mejorar las condiciones del medio urbano contemporáneo. La ciudad sigue ofreciendo un espacio de intercambio y socialización necesario para el desarrollo y la construcción de la identidad; en otras palabras, construir espacios que refuercen estas características permite mejorar la calidad de vida dentro de nuestro entorno. El derecho a la ciudad referido por David Harvey es imperativo en los tiempos actuales, en los cuales el aislamiento y el miedo se han convertido en síntomas latentes de nuestras sociedades. Reclamar espacios dignos que fomenten el intercambio y escapen de la especulación del suelo parece ser un discurso necesario para el siglo que corre, en el cual las fronteras deben encaminarse a mirar a través del otro.

#### Notas

1. Al respecto, vale la pena considerar el estudio de Felipe González Ortiz realizado en el territorio de Huixquilucan, al poniente de la Ciudad de México. El autor propone que en las ciudades existen distintas culturas urbanas, cada una con ideologías y perspectivas propias, lo cual configura el espacio mediante encuentros, discrepancias y evasiones. Ver Felipe González Ortiz, *Multiculturalismo y metrópoli. Cultura y política en un fragmento urbano (antropología urbana)* (Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2009).
2. Richard Sennett sugiere que el establecimiento de límites es una manera de construir identidades dentro de las ciudades. Esto es llevado a cabo por diversos grupos que habitan las ciudades. Ver Richard Sennett, *Vida urbana e identidad personal: los usos del desorden* (Barcelona: Ediciones Península, 1975).
3. Zygmunt Bauman, *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias* (Barcelona: Paidós, 2004).
4. Claudio Caveri, *Una frontera caliente: la arquitectura americana entre el sistema y el entorno* (Buenos Aires: Syntaxis, 2002).
5. Zygmunt Bauman, *Miedo líquido: la sociedad contemporánea y sus temores* (Buenos Aires: Paidós, 2008).
6. Francesc Muñoz, *Urbanización: paisajes comunes, lugares globales* (Barcelona: Gustavo Gili, 2010).
7. Andrew Kirby, "From Berlin Wall to Garden Wall. Bondary Formation Around the Home," ponencia presentada en el 98th Annual Meeting of the Association of American Geographers, Los Ángeles, 2002.
8. Jean Baudrillard, *Crítica de la economía política del signo*, trad. Aurelio Garzón del Camino (Ciudad de México: Siglo XXI, 1991).
9. Juan Soto Ramírez, "Sobre la indiferencia," en *La Insignia*, 5 de febrero de 2002, en [www.lainsignia.org/2002/febrero/cyt\\_002.htm](http://www.lainsignia.org/2002/febrero/cyt_002.htm).
10. Carlos García Vázquez, *Ciudad hojaldre: visiones urbanas del siglo XXI* (Barcelona: Gustavo Gili, 2004).
11. Ver Jan Gehl, *La humanización del espacio urbano: la vida social entre los edificios* (Barcelona: Reverté, 2006).
12. Richard Sennett, "Who Do You Think You Are?," ponencia editada por Penoyre & Prasad, <https://www.youtube.com/watch?v=VmqKIFFBvN8> (Fecha de consulta: julio de 2017).

**Diego Hernández Dorantes**

Arquitecto

Facultad de Arquitectura

Universidad Nacional Autónoma de México

✉ [dhdorantes@gmail.com](mailto:dhdorantes@gmail.com)